

TANIA RODRÍGUEZ FIERROS

VIDAS DE AZOTEA

Narrativa



©*Vidas de Azotea*

©Tania Rodríguez Fierros

Primera edición, 2021

©Audacia Editorial

Pléyades 3620, Colonia La Calma, Zapopan, Jalisco

editorial@audacia.lat

Fono: 3318163062

Registro de la propiedad intelectual

Inscripción: 2021-A-5294

ISBN: 978-607-99105-6-3

Todos los derechos reservados.

Edición y diseño: ©José Baroja

Arte y diseño cubierta: ©Horacio Urzúa

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico de grabación o fotocopia sin permiso formal o por escrito de la editorial.

IMPRESO EN MÉXICO/PRINTED IN MEXICO

*Esta novela es en agradecimiento a la amistad.
Para todos aquellos amigos fieles que me han
acompañado en el transcurso de mi vida.*

*Para Lalo, por tomar cada uno nuestras
propias decisiones y compartir la vida
armónicamente.*



LA AZOTEA

La canícula suele ser un verdadero infierno en el puerto de Acapulco, uno en que la temperatura ideal se presenta recién hasta eso de las seis o siete de la tarde, misma hora en la que un grupo de amigos se reúne, todos los viernes, arriba de la ferretería, para conversar acerca de las vicisitudes de la semana, gastar algunas bromas, compartir tristezas y, por qué no, filosofar un poco acerca de sus vidas.

Sin duda, este se trata de un grupo muy particular, grupo que hace dos meses cuenta con un nuevo integrante, que al igual que todos allí, presupone una vida difícil; aunque aún no se ha animado a contarles más que trivialidades respecto a esta. De hecho, la reunión de hoy tiene como objetivo que él pueda finalmente abrirse a los demás, opinar, e incluso debatir, que es lo que prefiere Dumas, el miembro que vive más lejos, y aun así, extremadamente puntual y, en opinión de todos, el centro del convite. Por cierto, a Dumas le preocupa que el novato haya entablado amistad con uno de los vecinos, ese del que todos desconfían abiertamente. Este será otro de los puntos a tratar más tarde, y esperan convencerlo de no hacer más visitas a semejante sujeto.

De momento, los primeros en llegar se encargan de dejar reluciente el lugar de la asamblea, recoger la basura y algunas hojas secas que caen de los árboles, hacer a un lado los platos y esperar que al coordinador de la sesión le parezca lo suficientemente impoluto, pues Dumas, además

de puntual, es un fanático de la limpieza. En ello están, cuando desde la casa de la izquierda, Tenoch y Saddam, quienes aseguran tener ascendencia Schnauzer, lo que los vuelve un tanto esnobs a pesar de los evidentes e incontables nudos en sus pelajes, llenos de polvo y pulgas rebeldes, se suman entre bostezos, con los ojos inyectados y la mente en blanco, lo que deja en claro que acaban de despertar de la siesta.

—¿Ya es hora de que llegue Dumas? —pregunta Jordan un tanto inquieto.

—No, aún no, falta que descienda un poco más la temperatura —afirma Pecas con decisión.

Los recién llegados aprovechan de conversar sobre el horario ideal y la mejor posición para tomar una siesta. Al mismo tiempo, Pinto, Jordan, Pecas y Monet, ya seguros de la limpieza realizada, observan impasibles el ir y venir del follaje de los árboles de alrededor y concluyen que, definitivamente, ya empieza a refrescar. Todos allí reconocen los diferentes tonos del cielo por cada momento de la puesta de sol y, por eso, son capaces de saber cuánto tardará la oscuridad en llegar y con esta... En ese instante, Dumas aparece saludando a todos con desparpajo.

—Buenas tardes —dice Dumas con voz engolada. —Una disculpa, me retrasé quizás un par de minutos, pero es que aquí a dos calles hubo un accidente. —Dumas sabe que no se retrasó.

—¡Ay no! ¿Qué clase de accidente? —pregunta Jordan, a quien le estresan sobremanera todos los accidentes del mundo.

Sépase que cuando alguien narraba alguna escena catastrófica y, peor aún, mortal, Jordan la reconstruía en sus sueños, convirtiéndose en el protagonista, aunque, cabrá mencionar que en esta imaginación, él siempre terminaba salvado, ya fueran diez balas en el pecho, una munición en la cabeza, una caída de cinco metros: es la ventaja de ser el dueño del inconsciente.

—Pues, un cristiano iba idiotizado en su teléfono y pum un camión urbano se lo llevó de largo. Uno menos.

Al terminar la oración, Dumas rio con una socarronería habitual al narrar estas situaciones. Existía un modo de adivinar cuánta hilaridad le ocasionaban estas desgracias humanas: entre más enseñaba los colmillos y su lengua rosada se enrollaba, más sarcástico se percibía.

—¡Qué horror! —exclamó Jordan.

—Bueno, basta ya de cháchara —interrumpió Pecas desesperado —. ¿De qué hablaremos el día de hoy? ¿Qué propones Dumas?

—Lo que gusten —replicó con aire de suficiencia. ¿Desean algo de literatura? ¿Música quizás? O simplemente imprecamos contra el mundo.

—Propongo que el nuevo camarada inicie el tema de hoy —dijo Pinto, quien ya había abandonado una accidental

meditación, en la que parecía que el viento y las hojas de los árboles le cuchicheaban los secretos de la naturaleza.

En el acto, todos voltearon hacia la esquina donde Monet permanecía sentado. Él fungía bien como escucha, le satisfacía aprender de sus nuevos amigos y, definitivamente, Dumas estaba dejando una honda huella en su mente. A veces se avergonzaba un poco de que lo descubrieran mirándolo embelesado, aunque al parecer, todos allí habían experimentado esa misma sensación al conocerlo. El problema es que para Monet no era tan sencillo expresar sus sentimientos, puesto que no creía poseer la fluidez de la lengua ni la simpatía de capturar por largo rato la atención o, al menos, eso pensaba, más allá de que esto no evitaría que esta jornada se explayara como nunca. Por lo demás, este era el propósito de la reunión.

—Estamos de acuerdo —convino Tenoch, quien hablaba también por su pequeño hermano Saddam.

—No sé qué contar —confesó un tímido Monet. —No quiero aburrirles.

—¡Mierda! ¡Qué no nos enfadarás Monet, pero si eres parte de esta sociedad, tendrás que compartirnos algo! —exclamó Pecas ya irritado.

«Mierda» era unas de sus palabras favoritas, según él, «un adjetivo cosmopolita». En realidad, había tomado prestada esta exclamación de Dumas, quien frecuentemente la utilizaba en sus propias maldiciones: Pecas era su mejor discípulo y amigo.